

Clemencia de Ignacio Manuel Altamirano, el manual de urbanidad y el proceso de formación del patriota moderno

MARÍA FERNANDA LANDER

WASHINGTON UNIVERSITY, ST. LOUIS

RESUMEN: Las ideas para un proyecto que transformara el aspecto incivil del sujeto posindependentista en un ciudadano avanzado y culto, encontraron en el manual de urbanidad y en la novela romántica de carácter sentimental del siglo XIX una de las vías para su difusión. La urbanidad, asumida como una extensión de las virtudes civiles del ciudadano, impuso reglas de conducta cuyo acatamiento se percibió como la exteriorización del valor moral de los individuos. De esta forma, el discurso de la novela y el de la socialización del manual, construyen y refuerzan el código cultural que la clase lectora intentó imponer. En la novela *Clemencia* (1869) de Ignacio Manuel Altamirano se analiza cómo, en nombre del sueño del progreso de la nación, el guerrero independentista es transformado en el sujeto civil a través de la promoción del sentimiento cívico de disciplina y sacrificio presentes en los manuales de urbanidad.

*ABSTRACT: The ideas for a project transforming the Post-Independence uncivil Mexican subject into an advanced and civilized citizen, made way via the good manners handbook and the 19th century romantic novel of sentimental type. Good manners—assumed as an extension of citizen's civil virtues—imposed behavior rules that were perceived as a manifestation of the individual's moral value whenever he complied with them. Those discourses, both of the novel and the socialization handbook, built and strengthened the cultural code that the cultivated social class tried to impose. In his novel *Clemencia* (1869), Ignacio Manuel Altamirano analyzes how—in the name of the dream about the nation's material progress—the Independence warrior is transformed into the civil subject by promoting his civic sentiment of self-discipline and sacrifice through good manners handbooks.*

Literatura Mexicana

XII.1 (2001.1), pp. 11-37

Clemencia de Ignacio Manuel Altamirano, el manual de urbanidad y el proceso de formación del patriota moderno

ARTICULAR LA IMAGEN prefigurada de los héroes de la independencia con la noción del individuo moderno, conformó parte del programa liberal y progresista de los intelectuales del siglo XIX en Latinoamérica. Hablamos de una imagen prefigurada de esos héroes porque, ya alrededor de 1850, la memoria institucionalizada de los patriotas americanos se percibía como el compendio de una perfección moral casi sobrehumana. Así, el honor, la gloria, el heroísmo y el orgullo, surgidos como consecuencia de las victorias independentistas, constituyeron parte importante en la formación de las bases sobre las cuales se construyó la representación simbólica de la nación, y la instauración del sentimiento patriótico entre los habitantes de las excolonias españolas¹. Sin embargo, el carácter guerrero y la pasión por la lucha como medios para alcanzar los fines que la autonomía política imponía, estaban más cercanos del aspecto primario que se quería eliminar en el sujeto poscolonial, que del carácter amansado y civilizado que se pretendía imponer como la norma de vida en una sociedad avanzada. De esta forma,

¹ La proyección futurista que adquiere la noción de "patria" en Hispanoamérica se opone a la europea en el sentido en que esta última explota la antigüedad de sus pilares fundadores. Por ejemplo, y como señala Hugh Cunningham, la retórica patriota inglesa defiende la "vejez" de la nación, pero no en su carácter "senil", sino vista como una sólida tradición de libertad (11).

el cometido de concebir al ciudadano modelo, o al patriota moderno, a partir de la talladura de la faz moral y de las formas de socialización del sujeto, encontró en el discurso novelesco y en el de los manuales de urbanidad un suelo fértil para su divulgación. Estos últimos reglamentos del vivir en sociedad, contaron con una limitada producción autóctona en nuestro continente, ya que la mayoría de los que se leían eran versiones de manuales franceses e ingleses. No obstante, la clase lectora favoreció estos libros de la misma forma que las producciones novelescas producidas en suelo americano; es decir, en ellos encontró el doble placer de verse retratada y de reconocer sus puntos de vista sobre asuntos éticos y morales como los más adecuados para ser difundidos al resto de la comunidad. Los manuales de urbanidad se convirtieron en un tipo de estatuto que era necesario asimilar y cumplir para hacer de los habitantes de las nuevas naciones merecedores del calificativo de “bien educados”; expresión que se tomó como sinónimo de personas civilizadas. Estos estatutos del vivir en sociedad, en su calidad de canon formativo del ciudadano ejemplar, encontraron en la novela romántica sentimental hispanoamericana un terreno fecundo para su glosa.

El entusiasmo que la libertad produjo en las altas esferas sociales e intelectuales de la América hispana y, en consecuencia, la necesidad de las recién nacidas naciones de incorporarse al ritmo “civilizado” del mundo europeo, se interpretó en un apego formal a los usos de la vida cotidiana del viejo continente². Y es que,

² Alain Montandon señala en el prólogo de su bibliografía sobre manuales de urbanidad: “La extraordinaria riqueza del género literario comprendido bajo el término genérico de tratado de buenas maneras (*traité de savoir-vivre*) ha sido fuertemente subestimada tanto en su variedad como en su carácter fundador de la cultura occidental. Todos estos escritos en que se definen los ideales de comportamiento y las reglas de interacción social constituyen una parte nada des-

como ha señalado Norbert Elias en su clásico estudio *The Civilizing Process*, el paradigma según el cual Francia e Inglaterra, desde el siglo XVIII, midieron el estado de civilización de otros pueblos se constituyó en gran medida destacando los modales, las costumbres y las formas de conducta del individuo en relación con su sociedad (3-7). De esta manera, producto de la constante movilidad social que significó el período de organización posindependentista, la moral, la virtud y las buenas costumbres se fijaron como los instrumentos del carácter regulador que se autoimponía la sociedad letrada. Como resultado, los criollos se definieron a sí mismos importando y traduciendo el término *honnêtes gens*, de uso común en las cortes de Luis XIV, y que en Hispanoamérica se empleó, al igual que en Francia, para la distinción de clases entre ricos y pobres, cultos e iletrados, civilizados y bárbaros. La “gente decente” trató de difundir sus modos y costumbres a fin de que al ser éstos adoptados, las naciones americanas alcanzaran los valores de ilustración y racionalidad propagados por la Europa desarrollada, y negados a los criollos por la España conservadora y tradicional.

Los manuales de urbanidad fueron, principalmente, textos cuyo propósito era ofrecer un conjunto de normas que regularan la actividad en una sociedad cuyas interacciones, ritos y convenciones se revelan atados a una continua e inquisitiva inspección. Tan estricto seguimiento obedeció a la necesidad de mantener el carácter homogéneo del grupo poseedor del poder político y económico. Estos textos normativos del quehacer social reposan sobre la premisa disciplinaria de la mirada de un sujeto que se identi-

preciable de la conciencia europea. Resulta imposible hacer una abstracción generalizadora que los abarque a todos sin desvirtuar tanto sus raíces históricas y sociológicas, como los presupuestos antropológicos, filosóficos, morales e ideológicos de la producción cultural de la civilización europea” (ix; la traducción es de la autora).

fica socialmente con el hombre culto, y que por esa razón se permite el juzgar y valorar. La penalización del mal actuar en sociedad se traduce, hipotéticamente, en la exclusión de quien comete una falta de la partida de la “gente decente”. De esta manera, el poder disciplinario del manual se concreta en el develar las incorrecciones, en desnudar del falso ropaje a quien crea poder inmiscuirse en una esfera social que se esfuerza por mantenerse unida en tiempos de incontenible movilidad. Curiosamente, no se intenta corregir sino más bien diferenciar entre quiénes son, y quiénes no, los verdaderos ciudadanos capaces de dar a la nación una configuración “civilizada”³. Esta realidad le da al manual la capacidad de conducir, dentro de las prácticas de la socialización, un tipo de autoridad selectiva y excluyente. La manera en que se expresa ese dominio establecedor de rígidas marcas sociales, puede verse a la luz de la acción del poder disciplinario que establece Michel Foucault:

El poder disciplinario se ejercita a través de su invisibilidad, al mismo tiempo que impone en aquellos a quienes subyuga un principio de visibilidad obligatoria. En la disciplina son los suje-

³ Beatriz González-Stephan, quien hasta ahora ha realizado el estudio más completo del *Manual...* de Manuel Antonio Carreño, prefiere sostener que el manual de urbanidad es “la guía que le abre las puertas a cualquier hijo de vecino para ubicarse en la escala social a través de las apariencias” (1995 439). González-Stephan también desarrolla esta idea en “Economías fundacionales. Diseño del cuerpo ciudadano”. Sin embargo, argüimos nosotros, este tipo de texto presenta un discurso de doble intencionalidad que, por un lado, procura la distribución de una serie de normas que, supuestamente, están al alcance de todo el que quiera “mejorar”; pero, por el otro, es enfático en la necesidad que tiene el lector de la clase alta de desarrollar un tipo de sentido de la diferencia que lo ayudará a mantener su posición superior. Así, a través del entrenamiento de dicho sentido se sabrá identificar a los que faltan a las reglas que mantienen a la élite culta en su posición preponderante dentro de la sociedad.

tos quienes tienen que ser vistos. Su visibilidad asegura el mantenimiento del poder que se ejerce sobre ellos. Es el hecho de estar constantemente a la vista, de estar siempre expuesto, lo que mantiene al individuo subyugado (187)⁴.

Es obvio que ese poder disciplinario del que habla Foucault se encuentra ejemplificado en el manual de urbanidad. Éste constituye la manifestación del ejercicio del poder de un grupo que pretende instaurar una aparente homogeneidad en la cual la reprimenda y la exclusión funcionan para determinar tanto el control sobre otros sujetos, como la legitimación de valores en la sociedad.

Utilizaremos como paradigma del texto de etiqueta hispanoamericano el *Manual de urbanidad y buenas maneras* del venezolano Manuel Antonio Carreño (1812-1874), el cual puede considerarse el clásico del género en Latinoamérica. Fue impreso por primera vez en Caracas en 1854 y, desde entonces, y hasta hoy en día, reeditado innumerables veces⁵. Este libro, siguiendo la tradición europea que lo genera, se sostiene en el principio de que la

⁴ La traducción es de la autora.

⁵ Antonio Palau y Dulcet en su *Manual del librero hispanoamericano* añade una nota bajo la entrada del *Manual...* de Carreño que reza: "Obra reimpressa varias veces, con el sobretítulo de *Compendio*. He aquí algunas de ellas: Nueva York, 1860. París, Garnier Hermanos, 1879, 1885 y otras. Campeche, 1888. Mérida de Yucatán, 1898. Madrid, Editorial Perlado Páez y Compañía, 1903. Madrid, Sucesores de Hernando, 1910 y Madrid, Editorial Hernando, 1925" (194). Sin embargo, Palau se queda bastante corto en el recuento de las ediciones y reediciones de este libro. Tenemos noticia de las reediciones de 1867, 1874 y 1891 de Caracas; la de 1855, 1877 (que utilizamos para este trabajo) y 1886 de Nueva York; la de 1890 de París, y no dudamos de la existencia de otras más. El *Manual...* de Carreño se incorporó al programa de estudios de la escuela primaria en Venezuela en 1855 (Pérez 587). Igualmente, sabemos de una decimosexta edición que data de 1881, publicada en Guadalajara con el título de *Libro segundo de lectura para las escuelas municipales del Estado de Jalisco: moral y urbanidad*. La popularidad del texto se comprueba al constatar las numerosas ediciones con

urbanidad es una virtud moral indispensable para lograr el desenvolvimiento formal de las relaciones humanas dentro de la sociedad. Para ello, la benevolencia, entendida como la anteposición del bienestar de los conciudadanos al propio, se convierte en la base sobre la cual se construirá dicha virtud. Los manuales en general, y el de Carreño en particular, descansan sobre la asunción de que las reglas de urbanidad, por ser una manifestación de las virtudes morales, deben conformar el código de la vida en sociedad.

Sin embargo, y a pesar de la exaltación de la benevolencia, el carácter organizador, seleccionador y discriminante de este tipo de discurso se sostiene gracias a la existencia de una sociedad cuya clase dirigente asume el papel de imponer los parámetros de lo apropiado y lo inapropiado. Las reglas que conforman el *Manual...* de Carreño no brindan ningún tipo de explicación que las sostenga. Por el contrario, es sólo a partir de categóricas negaciones de cierto tipo de conducta y actitudes, que se puede distinguir al sujeto que pertenece al círculo privilegiado de los “bien educados”. Una recurrente repetición de adjetivos tales como “repugnante”, “incivilizado”, “vulgar”, califican las faltas para con la sociedad. Tales adjetivos reflejan la posición de un estrato social que, cuando pretende imponer sus normas y puntos de vista sobre socialización, descalifica todo lo que no refleja sus gustos y actitudes. Así, el sujeto del enunciado del *Manual...* busca encontrar en el lector el reflejo de lo que él es; es decir, sólo cuando las maneras

las que cuenta hoy en día el *Manual...* de Carreño. La última impresión a la que hemos tenido acceso, y la cual aparece complementada con reglas para el comportamiento en los automóviles y aviones, salió en Bogotá bajo el sello de la editorial Panamericana en 1998. Sabemos también de las ediciones de México, Editorial Patria, 1980 y la de Caracas, Editorial Panapo, 1986. Manuel Antonio Carreño fue músico y pedagogo, y se desempeñó como ministro de Hacienda y de Relaciones Exteriores de Venezuela en 1861.

en que se llevan a cabo las actividades de la vida diaria se desarrollan conforme a la mirada escrutinadora del hombre culto que las juzga, se adquiere la condición de educados, de modernos, de civilizados⁶. Carreño lo declara de la siguiente manera:

Por medio de un atento estudio de las reglas de urbanidad, y por el contacto con las personas cultas y bien educadas, llegamos a adquirir lo que especialmente se llama buenas maneras o buenos modales, lo cual no es otra cosa que la decencia, moderación y oportunidad en nuestras acciones y palabras, y aquella delicadeza y gallardía que aparecen en todos nuestros movimientos exteriores, revelando la suavidad de las costumbres y la cultura del entendimiento (32).

La aceptación o rechazo de tipos de conducta los dispensa el hombre “decente” y cultivado que pretende que el resto de la comunidad se acople a sus maneras, pues él se ha impuesto la manutención del buen funcionamiento de la sociedad. Es esto precisamente lo que acerca el discurso novelesco decimonónico al del manual, y un claro ejemplo de dicha relación lo encontramos en uno de los primeros y más claros intentos para fundar una teoría de la novela autóctona en Latinoamérica. Nos referimos al ensayo “La literatura nacional” (1868) de Ignacio Manuel Altamirano. En este texto, el autor mexicano establece claramente que el papel que debe cumplir la novela es el de modelar el carácter del sujeto independiente: “[La novela] sustituye ventajosamente a la tribuna para

⁶ González-Stephan, por su parte, indica que: “El sujeto enunciativo del *Manual...* asume la autoridad de una clase en formación, y como tal sabe que para serializar los individuos de su grupo debe ser autoritaria; demarcar claramente los límites con una división punitiva; ofrecer el espacio del deber ser y lo prohibido. Así el seguimiento fiel de la letra puede llevar al disciplinamiento de la sensibilidad bárbara a una más civilizada” (1995 445).

predicar el amor a la Patria, a la poesía épica para eternizar los hechos gloriosos de los héroes, y a la poesía satírica para atacar todos los vicios y defender la moral” (1991 70)⁷. El porvenir con el que soñaba el escritor de la época se establece en términos de instituir una relación directa, efectiva y afectiva, entre el ciudadano lector y la sociedad en la que vivía. La aserción de Altamirano crea un vínculo estrecho con un aspecto importante del *Manual...* de Carreño. Dicho lazo tiene que ver con la idea de que la puesta en práctica de las normas de urbanidad, representa una de las vías en las que el ciudadano demuestra la veneración por el nuevo concepto de la patria, pues conservándolas, se puede mantener el orden y la concordia entre los miembros de la comunidad, requisito indispensable de la imagen de sociedad organizada y evolucionada que la época trataba desesperadamente de construir⁸. Carreño lo indica en su *Manual...* de la siguiente manera:

Pero pensad ¡oh jóvenes! que aunque el modesto libro que os ofrecemos pueda llenar el importante objeto al que lo destinamos, muy poco habréis adelantado con su lectura si no practicáis sus reglas. [...] No olvidéis jamás que os debéis a vuestra Patria, la cual libra en vosotros todas sus esperanzas, ni olvidéis tampoco la entidad de los deberes que esta sola consideración os impone (8).

⁷ Julio Ramos interpreta la intención didáctica de la literatura del momento en los siguientes términos: “La literatura —modelo, incluso, del ideal de una lengua nacional— había sido lugar —ficticio acaso— donde se proyectaban los modelos de comportamiento, las normas necesarias para la invención de la ciudadanía, los límites y las fronteras simbólicas, el mapa imaginario, en fin, de los estados en vías de consolidación” (8).

⁸ No podemos ignorar el hecho de que, a mediados del siglo XIX, la manera de entender el valor semántico del concepto *Patria* halló sus raíces en las ideas enciclopedistas de la Ilustración. En ellas, Nación, Patria y República servían como conceptos intercambiables que referían casi exclusivamente a una comu-

Apoyado en esa premisa, más adelante define la patria como:

Nuestra Patria, generalmente hablando, es toda aquella extensión de territorio gobernada por las mismas leyes que rigen en el lugar en que hemos nacido, donde formamos con nuestros conciudadanos una gran sociedad de intereses y sentimientos nacionales (19).

Considerando entonces que las naciones de América tuvieron que crear sendas imágenes de sí mismas, capaces de definir las ante los ojos del resto del mundo, esas imágenes tenían un valor vital ya que de la consolidación de éstas dependía un futuro civilizado o bárbaro. De esta forma, la novela romántica sentimental se erige como la glosa de estos manuales, y construye personajes y situaciones apoyándose en lo que estos libros definen como lo propio y lo impropio. Los héroes y heroínas no son tales por el número de hazañas cumplidas, sino porque su instrucción y su apego a las normas de urbanidad los alzan de entre el resto de los personajes. Tal disposición hacia las pautas de conducta social impuestas por la élite culta, los presentan como seres virtuosos, modelos para ser copiados. Así, es importante tener en cuenta que esos códigos del vivir en sociedad descansan en la asunción de que el hombre educado en buenas maneras es el hombre moral y civilizado, el nuevo patriota del que requieren las recién nacidas naciones para conse-

nidad de individuos que se gobierna a sí misma. Véase el trabajo de Maurizio Viroli, *For Love of Country*, para el análisis del desarrollo histórico de estos conceptos en Europa. Por su parte, en Hispanoamérica, un ejemplo del intercambio semántico que sufrieron estas palabras en el proceso fundacional de los países lo encontramos en el párrafo inicial de la constitución de Buenos Aires de 1854: “En efecto, la constitución de Buenos Aires que va a leerse admite que hay un Estado, República o Nación argentina, del cual forma parte el pueblo de Buenos Aires y su campaña” (Alberdi xxi).

guir el éxito que ofrece el futuro moderno. Sin lugar a dudas, los personajes de la novela romántica sentimental hispanoamericana son la personificación de ese sujeto ideal que se plasma en las páginas de los manuales de urbanidad⁹. En los libros de buenos modales, como en las novelas, el interés por regular todos los ámbitos en los que se desenvuelve la vida del sujeto lector a través de la imposición de valores, principios e ideologías específicas, es lo que dirige la experiencia de lectura.

Un claro ejemplo del papel civilizador que asumió la novela, y que se devela a través de su relación con lo que consideramos la ideología modeladora del manual de urbanidad, lo constituye *Clemencia* (1869) de Ignacio Manuel Altamirano. Esta obra representa un buen ejemplo de lo que el propósito por definir al ciudadano modelo de conducta, y su relación con la Patria, aspiraba lograr. La acción de la obra tiene lugar en la ciudad de Guadalajara cuando las tropas de Maximiliano combatían contra las patriotas por la toma de la ciudad. La intromisión de Francia en la política interna de México, puede decirse, reforzó la idea y el sentimiento de nación entre sus habitantes. El rechazo a esta injerencia significó, ante todo, la negativa de los mexicanos a dejarse arrancar la libertad ganada a los españoles. Es así entonces que la valoración de un sujeto independiente pasa a conformar el objetivo principal del discurso de la novela. Altamirano busca hacer del lector un ente capaz de tomar conciencia del valor del concepto Patria, asumido éste, por un lado, como el derecho y la garantía de una libertad soberana y,

⁹ Richard Brown comprueba que la institucionalización de un tipo de conducta en la sociedad sólo puede llevarse a cabo por medio de la acción de proveer modelos, justificaciones normativas y sanciones (122). Esta idea nos ayuda a confirmar el carácter regulador que asumió la novela en una época en que la creación de modelos específicos de conducta social se asumió como aspecto fundacional de la nación.

por el otro, como una fuente de deberes que, en pos de la concreción de una imagen sólida, esa patria exige. De esta forma comprobamos que en el caso de Altamirano, la configuración de caracteres capaces de personificar las cualidades intrínsecas y determinantes de lo que dicha patria reclama, se aúna a los esfuerzos prometeicos —típicos de los intelectuales del momento—, por encauzar la vida social del país. El contexto histórico sirve de telón de fondo para enmarcar la acción de los personajes y hacer más estrecha la relación, en primer lugar, entre el valor del concepto de libertad —entendida como la facultad de los mexicanos para dirigir su propio destino político—; y en segundo, el correcto actuar de los personajes dentro de la vida en sociedad, asumido como el deber ante una patria cuya recepción de frágil entidad emancipada debe eliminarse. Altamirano apuesta a que, a partir del robustecimiento de la imagen de la república como nación autónoma, soberana y capaz de autogobernarse, México contará con una forma definida ante los propios conciudadanos y ante el mundo.

La base de la trama novelesca descansa en la problemática relación amorosa de unos personajes que el correr de la lectura va descubriendo como poco virtuosos desde el punto de vista ético y moral. De esta manera, Altamirano presenta un discurso normativo con el cual busca promover una relación de empatía con el lector, y que demarca una experiencia de lectura similar a la que plantean los textos de urbanidad. Dicho de otro modo, la retórica de los manuales, al fundamentarse en la enumeración de lo que es inaceptable, se equipara con la de la novela de Altamirano puesto que ambos construyen su discurso a partir de la presentación de un modelo negativo, de lo que *no* se debe ser. Así, se ofrece al lector un modelo idealizado del ciudadano. Este ideal es asumido como el único capaz de proporcionar la adecuada inserción del sujeto poscolonial dentro de la maquinaria del quehacer social

moderno. La imperfección moral de los personajes de *Clemencia* se descodifica como el medio a través del cual se logra la identificación del lector con un orden y unas reglas que definen el bien frente al caos, y que al mismo tiempo describen la desorganización de una realidad bárbara, contemporánea y representante de todo lo que tiene que cambiarse. Podemos decir entonces que el mensaje de la obra adquiere una fuerza inusitada para la novelística del momento al presentar a un personaje con el que el lector simpatiza, pero cuyo inapropiado actuar le cuesta a la nación la victoria del enemigo extranjero.

Los personajes principales de la obra, Fernando Valle, Enrique Flores, Clemencia e Isabel, forman un grupo homogéneo en cuanto a su procedencia social. Manteniendo la característica típica de la novela sentimental hispanoamericana del siglo XIX, todos los personajes son miembros de la aristocracia mexicana y provienen de familias “conocidas”, es decir, pertenecen al grupo de la “gente decente”. Este hecho, además de confirmar esa particularidad del género, pone en evidencia, una vez más, que la minoría lectora disfrutaba el verse retratada en las novelas que leía. La supuesta simpleza temática del texto expone las tormentosas relaciones amorosas de unos personajes que no distinguen dónde se halla la verdadera virtud moral y que anteponen el bien propio al de la república. El rubio Enrique Flores, caracterizado como un ser hermoso externamente es, interiormente, una persona ruin. Por su parte, Fernando Valle es descrito como el opuesto; físicamente poco atractivo, es un hombre que aparenta sólidos principios morales. Ambos se esfuerzan por alcanzar el amor de Clemencia, pero tanto ella como Isabel, incapaces de reconocer dónde se halla la verdadera virtud, se enamoran de Flores. Sin embargo, éste traiciona la causa mexicana y es condenado a morir en el paredón de fusilamiento. Pero el amor de Valle por Clemencia lo obliga a que al

tratar de evitarle un gran dolor al objeto de su pasión, se sacrifique en su nombre y consiga que Flores escape. Valle toma el lugar de Flores y muere por ella en manos de las tropas liberales.

El hecho de que ninguno de los personajes de *Clemencia* sea un ser moralmente intachable es lo que propicia el fin trágico de la novela. Siguiendo esta estrategia, el lector se topa entonces con la deformación del ideal utópico del ciudadano moderno en los personajes de Flores y Valle. Estos últimos ignoran el aspecto capital que tiene que ser instaurado en la sociedad criolla: el sentimiento patriota, y a la vez cívico, que resguarde la posición de una élite culta asentada en el poder y que lucha por defender esa posición, en el caso de *Clemencia*, ante el enemigo extranjero¹⁰. Pero esa élite patriota debe ser educada en sus deberes y la novela se lee entonces como una velada acusación a un grupo social que antepone su beneficio propio al de la nación.

Al comienzo de la novela, y como lo hace saber el doctor "L", personaje que cuenta la historia de las aventuras amorosas de estos jóvenes, la descripción física de los personajes masculinos define una pareja de opuestos. Y es esa contraposición la que este testigo de los hechos resalta cuando los presenta. Al llegar aquí, es importante señalar que la información sobre la superioridad moral y cívica del Dr. "L" que nos brinda el narrador real de la novela, representa la entrada del lector al ámbito de la élite ilustrada, y

¹⁰ Vale la pena traer a colación que Altamirano, en su condición de intelectual, se identifica con el grupo que se designó a sí mismo como rector del destino de la nación. Sus ideas sobre la novela así lo dejan ver: "entretanto llega el día de la igualdad universal y mientras haya un círculo reducido de inteligencias superiores a las masas, la novela, como la canción popular, como el periodismo, como la tribuna, será un vínculo de unión con ellas, y tal vez el más fuerte" (1991 76). El Altamirano novelista está encargado de guiar a las masas hacia el progreso y la civilización: "La novela hoy suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol o el programa de un audaz revolucionario" (64).

con ello se descubre el carácter impositivo que ésta otorga de su visión hegemónica sobre la constitución del orden social. Una vez que el narrador le da la palabra al Dr. "L", éste dice de Enrique Flores: "Joven perteneciente a una familia de magnífica posición, gallardo, buen mozo, de maneras distinguidas, y que a las prendas que acabo de hablar agregaba una no menos valiosa, y era la de ser absolutamente simpático" (17). Además, fiel a los usos de la época agrega que éste "todo lo que se ponía le caía maravillosamente" y más adelante concluye la descripción de Flores añadiendo que tenía, "si me es permitida esta figura, ese delicado perfume de distinción que caracteriza a las gentes de buen tono" (19).

Por otra parte, la presentación de la contrafigura de Flores es la siguiente: "Valle era un muchacho de 25 años como Flores, pero de cuerpo raquítrico y endeble; moreno, pero tampoco de ese moreno agradable de los españoles, ni de ese moreno oscuro de los mestizos, sino de ese color pálido y enfermizo que revela o una enfermedad crónica o costumbres desordenadas" (20). Es interesante observar que lo que principalmente merma el carácter de Valle, y que afecta su actuar a lo largo de la trama, es su poca urbanidad. Ello es lo que, precisamente, define su prima Isabel como la causa de su poca simpatía para con él: "Mi primo no es nada divertido ni galante; creo que nunca ha estado en sociedad, pues tartamudea y se avergüenza, y se queda callado como un campesino" (49).

También la ausencia de amabilidad y benevolencia, regla fundamental de la socialización tal y como lo señalan los manuales de conducta de la época, es lo que le gana a Valle la animadversión de sus compañeros de campaña quienes desde el comienzo de la novela esperan de él una traición.

Es decir, la incapacidad de Valle para descifrar los códigos que la socialización impone como requisito para conformar comunidades en las cuales la fraternidad representa un trampolín que

acorta las distancias del proyecto de la formación de la identidad nacional, hace de este personaje un claro ejemplo de lo que debe ser transformado en la sociedad mexicana. Su ineptitud para interactuar dentro del ejército, a través del cumplimiento de reglas mínimas de educación, emborrona la percepción de sus virtudes morales. Si, como señalan los manuales de urbanidad, el íntimo lazo entre la urbanidad y la virtud moral no puede romperse, y la una no se entiende sin la otra, el personaje de Fernando Valle se convierte en una especie de chivo expiatorio cuyo trágico desenlace sólo se entiende como consecuencia directa del desconocimiento de un código imprescindible en tiempos en que la libertad depende de la fachada civilizada que se ofrezca al mundo. Igualmente, dicha incapacidad agrega una intensa carga dramática al texto pues se sabe que este joven soldado mantiene, sin embargo, altos principios morales. A Valle lo caracterizan externamente su “altivez desdeñosa” (20); el ser orgulloso (21), tacaño (22), malhumorado y gazmoño (22). Sus compañeros del ejército esperan de él una baja acción; para ellos, Valle “no era pues un patriota, sino un ambicioso, un malvado encubierto” (21).

El propio Dr. “L”, narrador de la historia, enfatiza su antipatía para con este soldado:

Francamente, hasta nosotros los médicos, hombres de caridad y que no consultamos nuestras simpatías para ser útiles a los que sufren, hasta nosotros, digo, repugnábanos acercarnos a él, porque sentíamos una invencible antipatía viendo a ese pequeño oficial con su mirada ceñuda, su color pálido e impuro y su boca despreciativa (22).

Que el personaje principal de la obra sea presentado como un hombre al comienzo desdeñable, aparte de que distingue a esta

novela de la tradición clásica sentimental, responde totalmente al modelo didáctico que Altamirano buscaba inculcar y promover como razón de ser del género¹¹. Para el autor mexicano, como ya lo había expuesto en su ensayo “La literatura nacional”, la novela serviría para instruir a las masas y parte de dicha instrucción la conforma la enseñanza y descripción del actuar en sociedad¹².

Con respecto de los dos personajes femeninos observamos que están contruidos bajo el mismo esquema que los masculinos. Ambas heroínas constituyen un par de opuestos que presentan los dos tipos característicos del romanticismo: Isabel, rubia y cándida, y Clemencia, morena, misteriosa y caprichosa. Ambas comparten una fuerte atracción hacia Enrique Flores, lo que las minimiza moralmente ante el lector. El narrador lo define psicológicamente de la siguiente manera:

Juzgaban como juzgan casi todas las mujeres, por elevadas que sean, y eso en virtud de su organización especial. Aman lo bello

¹¹ Chris Nicci, autor de uno de los escasos trabajos biográficos dedicados a Altamirano, acota un aspecto importante del estilo del escritor mexicano. Este tiene que ver con el hecho de que Altamirano escribiera para sus contemporáneos. Estos lectores eran aquellos sujetos cuyo mexicanismo, valores y moral trataba de influenciar el autor (61). Estamos de acuerdo con la caracterización que del estilo de Altamirano hace Nicci por cuanto es fiel a las ideas retóricas del autor. Sin embargo, líneas más adelante, Nicci asume de manera poco fundada que el público de las novelas sentimentales en Hispanoamérica era principalmente femenino como lo fue en Inglaterra y Francia y, por lo tanto, atribuye a los textos de Altamirano esta clase de recepción que resulta difícil de verificar. Creemos que el plan didáctico de este autor no hacía distinción de géneros.

¹² También la labor periodística de Altamirano manifiesta una intención didáctica. Entre sus artículos de *El Renacimiento*, que tienen que ver con la difusión de un recto actuar en sociedad, conviene destacar los siguientes títulos: “Instituciones de caridad y la belleza de la ciudad”; “Abolición de las peleas de toros”; “Educación y recreación para evitar la borrachera” y “La educación de las mujeres”.

y lo buscan antes en la materia que en el alma. Hay algo de sensual en su modo de ver las cosas. Particularmente las jóvenes no pueden prescindir de esta particularidad, sólo las viejas escogen primero lo útil y lo anteponen a lo bello. Las jóvenes creen que en lo bello se encierra siempre lo bueno, y a fe que muchas veces tienen razón (45).

Comprobamos que los personajes femeninos no son presentados bajo una luz favorable. Ellas, como su contraparte masculina, son personajes moralmente imperfectos.

Algunos críticos han reducido el mensaje final de *Clemencia* a la manida moraleja de hacer ver que las apariencias engañan. Pero considerando que el propósito educativo de Altamirano determinaba la claridad y dirección de su prosa, ¿es ésta la interpretación más acertada? Partiendo del establecimiento de la correlación de un proyecto de modernidad que se instaura en la arena de la normativa y de las reglas, y que aspira a hacer del sujeto poscolonial un ente capaz de presentarse como un ser civilizado, la conexión entre la novela y los manuales de urbanidad es bastante ilustrativa. En otras palabras, Altamirano lleva a la ficción lo que su compatriota Manuel Diez de Bonilla en su *Código completo de urbanidad y buenas maneras* determina como el precepto fundamental de la socialización: “Siempre por la apariencia juzga el mundo. Por tanto, jamás se presentará el verdadero mérito en lo que es, si se revisite de una áspera corteza y desnuda de toda flor de urbanidad” (12-13)¹³. Ello no confiere a la novela un carácter fútil sino, por el contrario, la presenta como un discurso que pretende ofrecer instrucción efectiva para todas las áreas del actuar en sociedad.

¹³ El libro de Diez de Bonilla es la única fuente hispanoamericana a la que Carreño dice haber recurrido en la composición de su texto. Las otras fuentes que Carreño menciona son las obras de los autores europeos Mme. Celnart, Alibert y el conde d’Orsay.

La curiosidad estructural que presenta esta obra, y que la hace destacarse entre otras del periodo, es que descansa en el carácter aparentemente típico de los personajes y la trama. A primera vista, el autor dispone los acontecimientos aspirando a que sus lectores perciban al personaje de Fernando Valle como un mártir incomprendido. Esa ha sido la lectura tradicional del texto. Pero, si fuese así, el carácter didáctico y contemporáneo de la propuesta retórica de Altamirano quedaría desechado puesto que el personaje debe su desgraciado final a su propio egoísmo. Así, una lectura más cercana y respetuosa de la novela debe destacar el valor regulador de los conceptos que están en juego: la patria y los deberes del sujeto para con ella. Nuestro autor no se vale de la exposición de hechos de guerra para representar el valor del ciudadano patriota; por el contrario, es a partir de las relaciones de ese patriota con la sociedad, que el texto adquiere un valor contemporáneo para sus lectores. *Clemencia* se escribe en una época en que la consolidación de una tregua que permitiera el trabajo en común en provecho de la nación era el tema del día, y parte de ese trabajo era aprehender las normas que la socialización imponía.

Tomando lo anterior en consideración, podemos afirmar que la novela juega con las expectativas de un receptor decimonónico acostumbrado a héroes y no a antihéroes. El lector se ve obligado a reconstruir los hechos, y a asumir la moraleja de la novela, como fundamentada en lo que *no* debe ser el nuevo patriota. Como indicáramos anteriormente, el contrapunto que se establece entre Flores y Valle muestra dos casos de conducta moral y política opuestos y, aunque Valle se gane la simpatía del lector por ser aparentemente de una rectitud intachable, se presenta como incapaz de insertarse dentro del código que la socialización asigna. Un código que condena el beneficio personal si éste pone en juego el bienestar de los conciudadanos y que es lo que precisamente resume la falta de

Valle para con la patria. Como consecuencia de su actitud, Valle propicia que se lleve a cabo la traición al facilitar que las tropas francesas consigan el triunfo. Si bien es verdad que Enrique Flores es presentado desde un comienzo como un tramposo y picaflor, las cualidades morales de Fernando Valle nunca llegan a ser apreciadas a causa de su poca aptitud para adaptarse a los modos civilizados en los que la fraternidad y el compañerismo sirven de pilares fundamentales. Ambos representan dos opciones de la nacionalidad en formación, pero todavía son sujetos inacabados y en proceso de talladura porque la misma nación lo está como comunidad.

El absurdo sacrificio de Valle representa su exclusión de la esfera de los iniciados en los saberes necesarios para llevar a cabo la consolidación del proyecto del estado nacional. En dicho proyecto, el sentimiento de pertenencia a una comunidad que necesita de la participación de todos para concretarse, define el carácter moral de los individuos. Tanto Valle como Flores son ejemplos, en diferentes grados, de una postura retrógrada al no representar verdaderos defensores de la libertad. El caso de Valle comprueba esa aserción; no supo actuar anteponiendo el beneficio de sus conciudadanos al propio y su amor por Clemencia se antepuso a la defensa de la Patria. Así explica sus razones para dejar escapar a Enrique Flores, enemigo confeso de la nación, de su inminente ejecución:

—Escúcheme. Si usted no hubiese traicionado, es seguro que yo no habría tenido motivo para acusarle; de modo que la traición de usted es la verdadera causa de que se halle así, próximo a ser ejecutado.

Enrique sintió que un terror glacial inundaba su frente.

—Pero, en fin —continuó Fernando— yo le acusé; y la causa indirecta de su condenación soy yo. *Tengo remordimientos por*

esto, y la muerte de usted emponzoñaría con su recuerdo mi vida entera. Quiero ahorrarme esta pena y, además, hay una mujer que moriría si lo fusilasen a usted. Quiero que viva y que sea feliz; ella lo ama y a su amor deberá usted su salvación (167)¹⁴.

Podemos decir entonces que el fin trágico de Fernando Valle halla su explicación en la ideología reformadora y promotora de la excelencia de la socialización que encarnan los manuales de urbanidad y buenas maneras. Como indica el *Manual...* de Carreño, repitiendo la propuesta básica del texto de Diez de Bonilla:

La sociedad es nuestro único juez en todo lo que mira a nuestra conducta externa, y ella generalmente juzga por las apariencias, claro es que por más inocentes que sean los móviles de nuestras acciones, si éstas aparecen reprobables a los ojos de la moral y del decoro, la sociedad nos condenará irremisiblemente; y entonces, el escándalo que habremos causado vendrá a turbar completamente la satisfacción que hayamos podido encontrar en la pureza de nuestra conciencia (68).

Si consideramos la novela como “institución literaria”, para utilizar la expresión de Fredric Jameson (106), es decir, como un contrato entre el escritor y sus lectores que determinará las aplicaciones del texto, podemos verificar que, en la obra de Altamirano, el

¹⁴ Las cursivas son de la autora. Es importante hacer notar que el sentimiento patriota de Valle no se pone en duda cuando éste todavía no ha sido víctima de la traición de Clemencia. Así nos dice el narrador: “Se hallaba colocado entre sus deberes de patriota y de soldado y entre sus esperanzas de amante. ¡Primeras esperanzas que habían iluminado el oscuro cielo de su vida y que era necesario sacrificar! Porque el austero joven no vacilaba un momento en preferir la patria a su amor y en consagrarse todo entero a la defensa de su país” (98). Ello resalta, aún más, el carácter pernicioso que envuelve las acciones de Valle para con la patria, las cuales se van develando a lo largo de la lectura.

sacrificio que por el amor de Clemencia hace Fernando Valle, determina la implicación inmoral que, sobre el bienestar nacional, adquiere la preferencia por su tranquilidad personal. Prueba de ello es que dicha idea concuerda con las palabras pronunciadas por Altamirano en su discurso parlamentario “Contra la amnistía” en 1861. Allí señala:

Comenzaré diciendo que respeto como nadie las virtudes de los señores diputados que han suscrito el dictamen [que propone el derecho de amnistía para el partido conservador], que reconozco en ellos un excelente corazón lleno de sensibilidad y de clemencia; pero he entendido que ellos se han equivocado al creer que debía la nación perdonar a sus enemigos, con la misma facilidad con que estos señores, por su carácter generoso, perdonan a los suyos. *Es decir han confundido a su propio individuo con la nación entera, y en esto está el error, en mi concepto* (1949 22)¹⁵.

Más adelante afirma:

Nosotros debemos de tener un principio en lugar de corazón. Yo tengo muchos conocidos reaccionarios; con algunos he cultivado, en otro tiempo, relaciones amistosas, pero protesto que el día en que cayeran en mis manos, les haría cortar la cabeza, porque antes que la amistad está la Patria; antes que el sentimiento está la idea; antes que la compasión está la justicia (27).

Las citas anteriores pueden percibirse como el germen de *Clemencia*. El bien de la comunidad no puede someterse, ni en nombre de la más noble de las acciones, al interés personal. Por ello, y a un nivel simbólico, la muerte de Valle se traduce en el castigo de una

¹⁵ Las cursivas son de la autora. Este párrafo invita, por la presencia de la palabra “clemencia” en él, a especular en torno al título de la novela y el valor simbólico que, a la luz de la cita, éste adquiere a lo largo de la lectura.

sociedad que rechaza su traición. Lo mismo puede decirse del destino final de Clemencia, enclaustrada en un convento, y posteriormente obligada por el remordimiento a emigrar del país.

Ya indicamos que el lector, desde el inicio de la obra, ha sido inducido a la espera de un fin trágico. El desenlace de la novela estaba anunciado en las dos citas extraídas de los cuentos de Hoffman que dan motivo a que el doctor “L” cuente la historia de estos personajes: “Ese papel [con los textos de Hoffman] tiene una historia de amor y de desgracia” (13) les dirá el médico a sus oyentes. La primera cita bien hubiera podido ser extraída de cualquier manual de urbanidad por la importancia que concede a la apariencia externa del sujeto. Ésta dice: “Ningún ser puede amarme porque no hay en mí nada de simpático ni dulce” (13). Esta frase dirige al lector hacia el análisis de la conducta moral de los personajes, predisponiéndolo, desde el comienzo, a tener en cuenta el lado oscuro de los mismos. La segunda nota dice: “Ahora que ya es muy tarde para volver al pasado, pidamos a Dios para nosotros paciencia y reposo” (13). Esta enigmática frase complementa el marco que sirve para encuadrar la novela en el ámbito de la instrucción. Se establece así una pauta de lectura que quedará definida como una de causa y efecto: el mal actuar en la sociedad es anti-patriótico y propiciará siempre un terrible desenlace.

De esta forma, concluimos que a través de la deformación del ideal utópico del ciudadano se busca conmover al lector para hacerle comprender que su deber, ante todo, es con la patria incipiente cuya autonomía aún se percibe como frágil. El ciudadano moderno debe asumir una participación activa para llegar a conformar la idea de nación. La propuesta entonces de Altamirano, con respecto a la relación del sujeto poscolonial con la patria, se asemeja a la que proponen los manuales de urbanidad: el individuo debe acomodarse al código que facilita la práctica social idea-

da por la clase ilustrada para alcanzar el reino utópico de la modernidad. Al presentar la urbanidad como una virtud moral, el carácter de las reglas adquiere un matiz ideológico. Altamirano, como representante de la minoría lectora, compite en el debate literario por llevar a la realidad un proyecto nacional, pero su arte se revela en la manera de presentar su historia. El héroe con el que busca identificar al lector ha faltado a la Patria porque faltó a la norma básica de la socialización estipulada en la normatividad de los manuales: preferir el bien del conciudadano antes que el beneficio personal. Así, la novela *Clemencia* se lee como un laborioso manual de instrucción para la formación del patriota moderno, defensor de la nación, del orden y del progreso.

María Fernanda Lander



- ALBERDI, Juan Bautista. *Organización de la Confederación argentina*. Besanzon: Imprenta de J. Joaquín, 1858.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel. *Clemencia*. México: Editores Mexicanos Unidos, 1993.
- “Contra la amnistía”. *Obras completas de I. M. Altamirano*. Ed. Agustín Yáñez. Tomo I. México: Secretaría de Educación Pública, 1949. 22-29.
- “La literatura nacional”. *Los novelistas como críticos*. Eds. Wilfrido Corral y Norma Klahn. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica, 1991. 59-76.
- BROWN, Richard H. *Society as Text. Essays on Rhetoric, Reason and Reality*. Chicago: University of Chicago Press, 1992.
- CARREÑO, Manuel Antonio. *Manual de urbanidad y de buenas maneras*. Nueva York: Appleton & Co., 1877.
- CUNNINGHAM, Hugh. “The Language of Patriotism, 1750-1914”. *History Workshop* 12 (1981): 8-33.
- DIEZ DE BONILLA, Manuel. *Código completo de urbanidad y buenas maneras*. París: Librería de Rosa y Bouret, 1863.
- ELIAS, Norbert. *The Civilizing Process*. Oxford: Blackwell, 1994.
- FOUCAULT, Michel. *Discipline and Punishment. The Birth of the Prison*. New York: Vintage Books, 1995.
- GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz. “Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado.” *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*. Eds. Beatriz González-Stephan, Javier Lasarte, Graciela Maldonado y María Julia Daroqui. Caracas: Monte Ávila Editores, 1995. 431-455.
- “Economías fundacionales. Diseño del cuerpo ciudadano”. *Cultura y Tercer Mundo*. Ed. Beatriz González-Stephan. Vol. 2. Caracas: Nueva Sociedad, 1996. 17-47.
- JAMESON, Fredric. *The Political Unconscious. Narrative as a Socially Symbolic Act*. New York: Cornell University Press, 1981.
- MONTANDON, Alain. Ed. *Bibliographie des traites de savoir-vivre en Europe*. Cleremont-Ferrand: Association des publications de la Faculte des lettres et sciences humaines de Cleremont-Ferrand, 1995.

- NICCI, Chris. *Ignacio Manuel Altamirano*. New York: Twayne Publishers, 1970.
- PALAU Y DULCET, Antonio. *Manual del librero hispanoamericano. Bibliografía general española e hispanoamericana desde la invención de la imprenta hasta nuestros tiempos con el valor comercial de los impresos descritos*. T. 3. Barcelona: A. Palau, 1950.
- PÉREZ, Omar Alberto. "Carreño, Manuel Antonio." En: *Diccionario de historia de Venezuela*. 3 vols. Caracas: Fundación Polar, 1988.
- RAMOS, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América latina*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- VIROLI, Maurizio. *For Love of Country. An Essay on Patriotism and Nationalism*. Oxford: Clarendon Press, 1995.